

Sarah Mey

CANCIÓN DE
OTOÑO

INTRODUCCIÓN



ÓLIVER

Creo que distingo sus gritos en el pasillo. Su voz parece llenar la sala, aunque ahora mismo no estoy totalmente consciente. ¿Ella está bien? Mis recuerdos están demasiado borrosos. Un médico me pone una vía mientras me habla. Yo a duras penas entiendo lo que me dice.

—Has sufrido un accidente. Vamos a dormirte porque hay que operarte. Tranquilo.

Esas tres frases sí que logro oírlas. Mi mente va y viene. Todo lo veo turbio. La boca me sabe a sangre. Maldición. No ha sido un accidente, quiero decirle, pero hay algo aún más importante que explicar lo que ha pasado.

¿Cómo está ella? Lo que ha pasado ha debido de destrozarla. Al menos, lo poco que recuerdo de lo que ha ocurrido. Joder, ojalá no los escuche. Por favor, que no le haga caso a ninguno de ellos. No puedo volver a pasar por esto otra vez. Maldición, ¿y si ocurre lo peor? El dolor del pecho amenaza



con romperme. Apenas siento mi propio cuerpo, pero esa tortura interna es real.

Ojalá no los haya escuchado. Por favor, que sea más fuerte que ellos. Que la única opinión que realmente cuente para ella sea la suya propia. Y la mía, porque creo que le importará saber que la forma en la que pienso en ella, y en la que la observo, no la elijo ni yo. Ella ha sido como un abrazo a tiempo o, incluso, como una bofetada que me ha recordado lo importante que es vivir. Que solo hay una vida. Que somos jóvenes. Que, con diecisiete años, me merezco más que sentir esa rabia en el pecho por lo que ocurrió años atrás.

—Camila.

Y no sé si estoy preguntando por ella o llamándola. Creo que ambas cosas. Pienso que mi voz no tiembla por lo que nos ha pasado, sino porque su nombre es como sumergirte en un torbellino. Seis letras. Un mundo para mí.

Los gritos siguen sonando en el pasillo mientras me llevan a otra habitación. Yo apenas veo. Casi no escucho. Siento un pitido en los oídos y la voz de los médicos hablando apresurados entre sí. De alguna forma, me percató de cómo la camilla se mueve mientras cierro los ojos, agotado de luchar contra el sueño.

—¡Óliver!

Su voz me hace apretar los dientes e intento volver a la conciencia. Consigo abrir los ojos a tiempo para verla tratar de acercarse, pero un guardia de seguridad la detiene. La levanta en el aire para cortarle el paso. Cambiaría todo lo que tengo, todo lo que he sido en esta vida, cada recuerdo, cada sentimiento y cada momento, por poder sentir una vez más el tacto de su piel. Por decirle que voy a hacer todo lo posible por salir de

esta. Que no es su culpa, que fui yo el que decidió ir a buscarla. Que con ella no hay palabras.

—¡Óliver! ¡Suéltame! ¡Suéltame! —Su voz sigue sonando por todos lados. Yo me encojo al oírla. Incluso en este estado, mi estómago se encoge, como tantas otras veces lo he hecho al escucharla.

—Camila. Camila. —Miro a una de las personas que me está llevando hacia quirófano y hago gala de todas mis fuerzas para tocarle la mano y llamar su atención. La mujer me observa mientras ella sigue gritando mi nombre en la distancia y un médico apremia a los que me trasladan a la planta de operaciones—. Por favor... por favor...

La enfermera se acerca más a mí, tratando de escuchar las palabras que salen de mis labios mientras los ojos se me llenan de lágrimas. Y ruego de todo corazón que me haya escuchado, porque necesito que este mensaje llegue a la única persona capaz de hacer que quiera aferrarme a esta vida.

Por favor... si esas han sido mis últimas palabras... que lleguen a ella. Por favor...

Tengo tanto miedo. Nunca he estado tan asustado. Parece que lo único que sigue aquí es mi mente. No puedo moverme. Ni respirar.

No hace falta que me pongan la anestesia. Mis ojos se cierran solos y caigo en las profundidades de la inconsciencia un segundo antes de sentir cómo los médicos ponen algo sobre mi boca.



Dos meses antes

CAMILA

El sonido de mis tacones es todo lo que se escucha por la estancia. Estoy impaciente y no puedo evitar volver a mirarme en el espejo y repasarme el pintalabios, rojo y brillante. Hoy no aguantaría a mi madre, Valeria Orduñez, decirme nada sobre mi físico ni sobre lo descuidada que voy. Me aliso de nuevo el vestido y tomo aire, y entonces escucho a alguien llamar a la puerta. Sé quién es incluso antes de que abra.

—Señorita Camila, su madre quiere verla en el recibidor en cinco minutos.

Ingrid, el ama de llaves, una mujer de mediana edad y cabello castaño siempre recogido en un moño de esos que están tan estirados que parece que te hacen un *lifting*, me observa a través de unas gafas rectangulares.

—Allí estaré —le respondo, a lo que ella se gira y vuelve a cerrar la puerta blanca al salir.

Yo tan solo vuelvo a alisarme el vestido y a mirarme en el espejo. Lo peor de tener una madre famosa que trabaja de

influencer con marcas exclusivas, y que trata de estar siempre perfecta, es que la gente piense que es tu obligación estar también presentable las veinticuatro horas del día. Y ese es mi caso. Todo lo que hago se mira con lupa. Una que, de alguna forma, parece asfixiarme incluso más que lo que ocurre en mi vida real. Eso capaz de hacerme tener pesadillas, incluso cuando estoy despierta.

Sacudo la cabeza, deshaciéndome de esos pensamientos que no me están llevando por buen camino. De lo que no me desahago es de la angustia que vuelve a apoderarse de mí. Esa que jamás he de mostrar en público, por lo que pueda pasar. Por las consecuencias. Porque en el mundo digital, cuando se trata de Valeria Orduñez, siempre las hay. Y al final, se pagan de una forma u otra en la vida real. O, mejor dicho, soy yo la que las paga.

Por eso mismo mi madre se ha pensado muy bien cómo introducir este cambio drástico en su vida, para tener el menor nivel de consecuencias posibles al mismo tiempo que un gran alcance en redes sociales. Ayer tuvimos una reunión con su equipo de *marketing* para saber cómo hemos de actuar.

Odio sentirme solo como una apariencia. Detesto ser una adolescente que no puede hacer lo que verdaderamente quiere. Si por mí fuese, me quedaría todo el día en mi cuarto. Muevo el tobillo, incómoda, y siento de nuevo la rabia ondear en mi vientre. Yo no soy perfecta. No, por mucho que quiera serlo. Jamás seré como esas otras chicas que son increíbles a primera vista. Esas por las que me cambiaría con los ojos cerrados. Esas que no han tenido miedo del mundo por ser quienes son y que no han llevado ese peso consigo durante años. Esas que encaban perfectamente.

«Tú no eres como ellas. Nunca vas a serlo».

Escucho esas palabras malintencionadas en mi mente. Las de esa persona que me hace daño día a día. Sus frases me duelen tanto que se me llenan los ojos de lágrimas, pero, como siempre, me trago la amargura y salgo de mi habitación. Cierro la puerta y respiro hondo antes de comenzar a bajar por la escalera que da a la entrada principal, la que usamos como recibidor y de la que proviene la voz de mi madre.

—¡Hoy va a ocurrir algo maravilloso! —la escucho decir, y tengo que parar un momento y aguantar las ganas de vomitar.

Todo es maravilloso en esta casa. Y si no lo es, aparentamos que sí. Tranquila, me digo a mí misma. Puedes con esto. Lo has hecho mil veces. Solo sonrío. Sonríe aunque estés rota por dentro por culpa de lo que pasó ayer en la fiesta. Tienes que hacer lo que se espera de ti. Irradia amor. Irradia felicidad. Aunque lo que quieras sea llorar.

—¡Mirad quien viene por las escaleras! ¡Mi preciosa hija!

La voz de mi madre se cuela por mis oídos cuando mis pies pisan la planta baja. Por un instante, siento cómo me tambaleo, pero sonrío. Sobre todo, cuando mi madre está hablando sola, sin nadie en el pasillo salvo un teléfono móvil que le sirve para grabar vídeos que luego enseña a sus millones de seguidores.

—¡Hola a todos! —saludo, enérgica, ganándome una mirada de reproche de mi madre por no llamarlos *lovslovs*, el mote con el que se identifican sus fans. Por un instante, me extraña que no me obligue a bajar de nuevo las escaleras y repetir el vídeo para decir esa palabra. Si es que a eso se le puede llamar así.

Mi madre se empeña en sacar por completo mi *outfit*, ese que Chanel ha patrocinado y nos ha enviado para que me lo ponga en uno de los vídeos más esperados del canal Irradiando



amor. Ese en el que mi madre va a presentar por fin en sociedad a su nueva conquista, en esta ocasión, un hombre humilde que trabaja como empresario. Y sí, de los nueve novios que ha tenido hasta ahora mi madre, este es el único que no es rico.

—Llevo puesto un traje de Chanel. Es una de mis marcas favoritas. —Sonrío y escupo lo que ayer me hicieron memorizar.

—Camila, sin lugar a dudas, estás preciosa —responde mi abuela, Marina, mientras mi madre sigue un monólogo en el que sale fuera y aguarda con el móvil en la mano a que su novio llegue a nuestra mansión.

S sonrío a mi abuela y ella me da un beso en la mejilla. Es, literalmente, lo mejor que tengo en mi vida. La que me entiende. Y también la única cuerda en este mundo loco en el que vivimos.

—¿A ti también te ha sacado? —le pregunto en voz baja.

—Oh querida, no sirve de nada que no asista a estas reuniones tuyas. Ella viene por la mañana y me dice: «hoy vas a salir en un vídeo, te tienes que poner este *outfit*». Punto.

—*Outfit*. —Le sonrío.

—Lo que yo he dicho. *Aurfit* —dice realmente segura de que está pronunciando la palabra bien, por lo que no vuelvo a tratar de corregirla. Mi abuela y yo nos divertimos mucho con su forma de pronunciar palabras modernas, y sé de verdad que ella lo intenta decir bien, pero no lo consigue y eso me genera ternura.

—Y accedes, como siempre —respondo.

Hago mi sonrisa más amplia, porque mi abuela es como yo. A ella tampoco le gusta esto.

—¿Quién es capaz de negarle algo a tu madre? Además, al fin y al cabo, es ella la que paga las facturas.

Aprieto los labios, porque yo he querido tener un trabajo normal, como el de las chicas de mi edad, y mi madre me lo ha

prohibido terminantemente. En cambio, me ha conseguido colaboraciones en las que subo algún producto en Instagram o TikTok y las marcas me pagan por hacerlo. Los *likes* llueven en mis redes sociales cuando me decido a ello, pero también el *hate*. La mayoría de los comentarios son de personas que me odian sin conocerme, solo por existir, y luego, en mi instituto, mis compañeros se encargan de hacerse eco de los comentarios negativos poniéndoles *likes* y restregándomelos por la cara. Porque yo nunca seré como mi madre ni como esas chicas perfectas. Nunca voy a ser suficiente. Y, de todas formas, ¿de qué valen mil *likes* cuando no te gustas a ti misma?

—Ahí llegan —digo sonriendo y agarrando a mi abuela para que venga conmigo.

Ella parece darse cuenta de que realmente necesito su compañía y me sigue andando como puede con esos tacones tan altos.

—Abuela, pareces un cervatillo recién nacido —me burlo con cariño, porque mi relación con ella es muy estrecha.

—¡Niña! ¡¿Quieres que te diga yo a ti como andaría un cervatillo recién nacido?! —Se hace la enfadada, pero luego empieza a andar mal a posta y yo no puedo evitar reírme.

—Comportaos las dos —nos riñe mi madre, y tanto mi abuela como yo nos ponemos rectas y serias como si estuviésemos en una academia militar.

Me quedo observando la limusina negra que mi madre ha contratado para la ocasión, y que se queda parada justo en la entrada principal, al lado de la fuente de diseño romano con una estatua de un hombre sentado y pensativo. Su novio, Einar, sale de ella con un esmoquin azul y una sonrisa. Es dos años más joven que ella, quien me prohíbe decir su verdadera edad, pero, entre nosotros, tiene treinta y siete. Einar, con su



pelo oscuro y sus ojos verdes, se acerca radiante mientras mi madre lo enfoca con su móvil, el último modelo del mercado.

—¡Y aquí lo tenéis *lovslovs!* ¡Recién llegado a Madrid! ¿A que es divino?

Ladeo los labios. Yo ya había visto a este hombre antes, pero tengo que admitir que es muy guapo. Quizá sea porque me recuerda a un vikingo, ya que es altísimo y robusto. Por lo que sé, sus padres eran de Dinamarca y se mudaron a España cuando él era un niño. Mi abuela, que lo ve por primera vez, se le queda mirando con la boca abierta.

—Vaya, que buen partido —me susurra.

—Sí... —comento—. Seguro que las fans dejan todo tipo de comentarios sobre él.

Y digo todo eso con una sonrisa, mientras mi madre está grabando al que, según ella, será su futuro marido. Me la quedo mirando al tiempo que el cámara de su equipo la enfoca abrazándose a Einar. Soy todo lo contrario a mi madre. Mientras ella es rubia con los ojos azules, yo soy morena con los ojos negros. Y mientras que su piel es bronceada, bonita y tersa, la mía es blanca y tiende a researse. Ella vive feliz en tacones, yo en zapatillas. Aunque tengo que llevarlos en demasiadas ocasiones por culpa de eso de mantener las apariencias. Estoy a punto de saludar a Einar, cuando ocurre algo que congela mi sistema sanguíneo.

Otra persona se baja del coche, y yo me quedo paralizada. Una imagen más joven que él, de unos dieciocho, nos deja a todos sin habla. Sus ojos grises se enroscan en los míos y juro que el tiempo se detiene. Su pelo es oscuro y está bien peinado. Lleva un traje de chaqueta negro, pero esos aires de motero no se le van ni con esa vestimenta. No puedo evitar quedar-

me mirándolo cuando él se dirige hacia donde está mi madre, con su atrapante mirada aún puesta en mí. Juro que ni los modelos de esos desfiles a los que me lleva mi madre son tan guapos como él. Tiene algo en su esencia, en su forma de moverse, que hace suyo el lugar. Me perturba y me atrae a partes iguales.

—Más te vale dejar de mirarlo. Hay demasiadas cámaras. —Mi abuela me da un codazo y sonrío, formando dos adorables arrugas en la comisura de su labio inferior.

Hay demasiadas cámaras, y él está totalmente fuera de mi alcance. Siento un dolor en mi pecho. Y eso me enfada. Todo esto lo provoca este maldito espectáculo. Este en el que no encajo, como tampoco lo hago en el mundo.

—¿Quién eres? —le interrogo en voz alta, y sé que mi madre se siente ofendida porque me haya salido del plan establecido sobre cómo he de comportarme.

De todas formas, la presencia de este chico tampoco estaba en el guion. Una sonrisa radiante y canalla inunda su rostro. Dios. Me equivocaba. Ahora sí que está guapo.

—Óliver, ¿y tú?

La pregunta hace que mi madre ría con sorna. Obviamente, la mayoría de personas sabe quiénes somos, pero viene muy bien sentirse como alguien normal de vez en cuando. Y el descaro con el que ha hablado, junto a la forma en la que ha hecho rabiar a mi madre con una simple cuestión, me ha gustado más de lo que podría admitir.

—Camila —le respondo con educación—. Pero me refiero a ¿quién eres y qué haces aquí?

La burla baila en sus labios cuando mi madre trata de cor-tarnos. Estoy segura de que odia que la situación no salga como ella quiere, y, en cierto modo, después de que me obligue

a hacer tantas cosas, no puedo evitar disfrutarlo. Por su parte, Einar gruñe, aunque Óliver no le hace caso y se acerca a mí, diciendo lo que menos podría esperarme en toda mi vida.

—Soy tu nuevo hermanastro. —Un escalofrío me recorre cuando coge mi mano y lentamente, posa un beso en mis nudillos. Mi piel reacciona, pero sus ojos, clavados en los míos, hacen que no lo tenga en cuenta y me olvide de respirar—. Y ahora, me encantaría que fueses tan amable de mostrarme la casa.

El tiempo se detiene por completo y el mundo parece dejar de girar. Mis oídos pitan. ¿Qué diablos acaba de decir?

—¿Mi qué?

Mi cara debe de ser todo un poema. No ha dicho hermanastro, ¿verdad? ¡Santo cielo! ¡Esto no puede estar pasando! ¡No puedo compartir casa con alguien como él! ¡YO SOY HIJA ÚNICA!

—Hermanastro —responde, y veo claramente la diversión bailando en su rostro ante mi desconcierto.

—Te enseñaremos la mansión todos juntos —interfiere mi madre con voz cantarina, esa que usa cuando se está enfadando y no quiere que se note.

Óliver mantiene su mirada en mí y el vello de la nuca se me eriza. Su mano aún agarra la mía unos segundos antes de que yo la aleje. Su beso parece haberse hecho eterno en mis dedos, y aún lo siento. Es alto. Es tan alto que tengo que elevar la cabeza para mirarlo.

—No me importa hacerlo yo —refuto, deseosa de acabar de una vez por todas con esto—. La próxima vez, sería genial que me contases que tu conquista viene con equipaje.

Me giro hacia mi madre, que parece no entender por qué me enfada tanto, aunque claro que lo hace. Ha metido a otro

extraño en casa. A uno que está muy bueno, sí, pero un extraño, al fin y al cabo. Seguro que tan solo es uno más de esos tíos que piensan que pueden tener a quien quiera. Y cómo odio a esa clase de tío narcisista.

—Oh, corten —ordena mi madre a la cámara, bajando también su propio teléfono móvil—. Camila, si no sabes comportarte, ya te estás yendo.

Me la quedo mirando sintiendo que mis mejillas se ponen rojas de la rabia. Me frustra que con dieciséis años me trate como una niña a la que aún maneja a su antojo. Aguanto las ganas de llorar y cojo aire. Estoy a punto de responderle cuando Óliver lo hace por mí.

—Entonces, señora Orduñez, aprovechando que Camila se va, espero que no suponga ningún problema que me enseñe la casa en versión rápida. Venimos desde Valencia y estoy realmente cansado.

La voz de Óliver suena rasgada, y al mismo tiempo aterciopelada. Es bonita y tiene un timbre burlón que me pone nerviosa. Reparo en mi madre, en cómo, a pesar de su sonrisa, debe de estar pensando que este chico va a darle problemas si osa seguir saliéndose del plan establecido. Me regodeo en esa idea, aunque sé que también va a causármelos a mí.

—Óliver, te dije muy claro lo que tenías que hacer —le riñe Einar.

Los ojos del chico brillan con diversión.

—¿Ah sí? Me has dicho varias cosas. Debe de haberseme olvidado. Ya sabes, soy humano. No puedo quedarme con todo lo que me dices siempre, papá.

Sus palabras me asombran por lo naturales que las hace sonar. La boca de Einar se contrae en una mueca que a mí me



daría miedo, pero que hace que Óliver sonría con aún más des-
caro.

—Era tan fácil como quedarte en el coche.

—Ya he estado en el coche demasiado tiempo. —Se enco-
ge de hombros, despreocupado.

La mirada que su padre le dirige me pone nerviosa. Tanto,
que casi me veo forzada a intervenir.

—Si me acompañas, te enseñaré la mansión. Te veo en la
cena, mamá —digo con frialdad, aunque de mi abuela me des-
pido con un beso en la mejilla sin que se me pase por alto la
mirada de advertencia que tiene en la cara.

Creo que no le gusta Óliver. A mí tampoco, aunque sea un
dios griego. Mi madre entrecierra los ojos antes de negar con
la cabeza. No importa. Sé que soy prescindible, que aprovecha-
rá los planos en los que salgo y volverá a grabar la escena en la
que su «futuro marido» llega a casa sin mí. Perdón, a casa no,
a la mansión. Me han dicho en tantas ocasiones que me diri-
ja a ella de esa manera, que ya me siento extraña llamándola
así incluso en mis pensamientos. Supongo que, de alguna for-
ma, este lugar jamás ha sido un hogar para mí.

Cuando comienzo a alejarme, ante la atónita mirada de mi
madre y del cámara, siento una presencia que me sigue y se co-
loca a mi lado.

El sol brilla en el cielo y me obliga a entrecerrar un poco
los ojos. Mientras subimos las escaleras que dan al gran vestí-
bulo, la incertidumbre de averiguar que voy a vivir con otro ex-
traño me oprime el pecho, pero no tanto como la idea de que
acabo de quedarme a solas con él. Sobre todo, cuando hace lo
que menos me esperaba.



ÓLIVER

—¿Dónde te crees que vas?

Su voz suena dubitativa, como si se hubiese planteado si me hablaba o no. Me giro hacia ella, vestida con ese caro traje con el que se podría alimentar a cientos de personas. Sus ojos negros, enmarcados por un maquillaje que le hace tener unas pestañas tan enormes que podría salir volando con ellas, me taladran.

—A mi habitación. Deduzco que me quedo en el cuarto de invitados —respondo, tratando de no perder los modales, porque esto de mudarme con mi padre no me hace ni la menor gracia.

Y mucho menos a una mansión. ¿Por qué hay gente que necesita una casa tan grande? En serio, ¿de qué vale salvo para tener que contratar a otra gente para que te ayude o hagan ellos las labores? Yo era feliz en esa vivienda pequeña que compartía con mi familia, antes de que todo se fuese a pique. Siento la rabia invadir mi cuerpo en cuanto ese recuerdo me viene a la cabeza. Pagaría por volver atrás.



—¿No querías que te enseñase la residencia?

Pongo los ojos en blanco. Camila parece tan inocente. No es la clase de chica que le interesa a alguien como yo.

—Era una excusa para que tanto tú como yo nos pudiésemos escapar del jardín. Ya me lo agradecerás.

Me giro y comienzo a subir por las escaleras blancas. Todo aquí es blanco y parece sacado de Pinterest. Cada recoveco está impoluto. Parece que no vive nadie en la casa que la ensucie. Es todo tan impersonal...

—¿Qué ya te lo agradeceré?

Vuelvo a mirarla una vez más, ya sin paciencia. Lo único que deseo ahora mismo es que pasen ya estos cuatro meses. En cuatro meses será enero, y tendré dieciocho años. Por fin seré libre y podré irme a donde quiera. No tendré que vivir con personas extrañas en un sitio que no me gusta.

—Oye, ve a lo tuyo, que yo voy a ir a lo mío. No me meteré en tu vida mientras tú no te metas en la mía. ¿Entendido?

La princesita parece quedarse de piedra, pero yo niego con la cabeza y me dirijo al piso de arriba.

—¿Cómo sabes dónde está tu habitación?

Veo como me sigue y comienzo a desesperarme. ¿Qué parte de que quiero estar solo no entiende? Me giro por última vez hacia ella y elevo el mentón cuando descubro su mirada acusadora. Ahora mismo no piensa nada bueno de mí. Es tan transparente.

—Es difícil no saber algo de alguien que lo cuenta o enseña todo públicamente. Y ahora, si me disculpas, lo que menos me apetece es hablar contigo.

Toda su vida está colgada en internet mediante miles y miles de vídeos en el canal de YouTube de su madre. Ella abre la

boca. Veo la zona de sus labios donde no hay pintalabios y siento algo en el estómago.

—¿Siempre eres tan borde?

—¿Acaso te importa?

Camila se cruza de brazos y bufa.

—Pues sí. Me importa haberme enterado ahora mismo de que voy a tener un hermanastro y de que es un borde.

Pongo los ojos en blanco.

—No es mi culpa que no hables con tu madre y que os falte comunicación, princesita.

La escucho proferir una exclamación ahogada. Sus ojos refulgen.

—A ti sí que va a faltarte algo como vuelvas a llamarme princesita.

Es graciosa. Tengo que admitirlo. Río sin poder evitarlo y ella se me queda mirando como si viese un monstruo verde.

—Estás loca —le digo—. Pero, para que te enteres, como vuelvas a amenazarme, las cosas para ti van a acabar muy mal.

Especialmente, porque esto me afecta demasiado por todo lo que pasó. Es el recuerdo constante de aquel día. Y eso me mata por dentro. Me hace sentir demasiadas cosas que no me gustan.

—¡Ah! Pero ¿qué haces? ¿Me acabas de dar un pisotón?
—No me creo lo que acaba de hacerme.

—No tengo ni idea de quién eres ni de qué quieres, pero no voy a quedarme quieta si conmigo tienes esa actitud de arrogante y, mucho menos, si me amenazas. ¿Me oyes? No me gustan los chicos como tú.

Me llevo las dos manos a la cabeza.

—Vaya, al fin tengo algo en común contigo. A mí tampoco me gustan las chicas como tú.



No sé en qué momento pasa, pero mi corazón se acelera cuando veo un rastro de vulnerabilidad en ella. Dura tan poco que creo que me lo he imaginado, sobre todo cuando me fulmina con la mirada y da otro paso en mi dirección.

—¿Cómo son las chicas como yo? Vamos, dime.

Esto no puede acabar bien.

—¿Quieres que empiece a enumerar todo lo que sois? Creídas, ególatras, narcisistas. Os sentís superiores al resto solo por tener miles de seguidores. ¿Y sabes qué? Cualquier médico que esté ahora mismo trabajando en el hospital os da mil vueltas a las que subís fotos simplemente engañando a la gente o hablando de belleza.

Le tiembla el labio inferior un instante.

—No me conoces en absoluto.

—¿Ah no? Vamos dime, ¿qué cualidad buena tienes?

Ella se queda callada y parpadea. Yo noto el monstruo en mi interior, rasgándolo todo para salir. Pidiéndome que lo deje destruir cuanto me rodea.

—Déjame decírtelo. Ninguna. Eres solo físico. Si el mundo fuese ciego, no impresionarías a nadie.

Veó cómo se bloquea y se queda callada. Entro en la habitación y cierro la puerta con fuerza, dejándome caer en ella para impedir que intente abrir. El lugar en el que voy a convivir los siguientes cuatro meses es tal y como me esperaba. Lo único que deseo es que, cuando esto acabe, no tenga que pasar más tiempo con ese tipo de persona, las responsables de lo que ha pasado en mi vida y de que todo se fuese por la borda. Los ojos se me llenan de lágrimas de pura rabia porque, por mucho que me pese, aún no he aprendido a gestionar nada de lo que ocurrió después de dos años, y pensarlo me crea un nudo en el pecho difícil de explicar.

Odio todo esto. No soporto tener que haber salido a la fuerza en un vídeo del que yo no quería ser parte mientras veníamos de camino ni que me obligasen a quedarme en el coche hasta que tuviesen los planos correctos de mi padre a solas. Detesto haber dejado a mis amigos en Valencia. Odio haber abandonado nuestra casa, donde tantos recuerdos tenía. Y la culpa que se clava en el pecho. Eso es lo que más me puede. ¿Cómo no lo vi? ¿Cómo no me di cuenta de lo que ocurría?

Saco lo que llevo dentro del bolsillo derecho del pantalón. Eso que siempre va conmigo a todas partes, y me tiro en la cama. No he subido el equipaje, pero tampoco traigo nada salvo una mochila con algunas cosas. No necesito más. Lo único que sí que necesito en mi vida es el tacto de lo que tengo entre mis manos. Nada más.





CAMILA

Cuando llego a mi cuarto tengo mi mano en la boca sin ser capaz de aguantar los sollozos. Lo que me ha dicho un extraño no debería de dolerme. No debería de importarme, pero esto ya es demasiado. Ayer, en la fiesta, pusieron vídeos de mi madre para burlarse y tuve que irme de allí para que nadie me viese mal ni me grabase mientras me aguantaba las ganas de llorar. Llevaba literalmente años sin salir, y a una parte de mí le extrañó que una chica me invitase a pasar una tarde con ella porque iba a hacer una reunión, pero la otra quería de verdad creer que alguien como yo podía encajar en un lugar así. Y no, no puedo. Ni tan siquiera me merezco encajar. Tomo aire y trato de calmarme.

La situación en clase también se ha vuelto insoportable, y ha llegado a un extremo en el que incluso he simulado que me dolía el estómago para no ir al instituto. Pero no puedo fingir otra semana. Mi madre no me dejará faltar más. Porque, por muchas cosas que tenga en la cabeza, sigue preocupándose por mi educación. Valeria no es mala, solo es una persona que

ha aprendido a volverse fría para que las críticas no le duelan y que por el camino se ha olvidado de cosas importantes. Como yo. Lo único que le preocupa es que saque buenas notas. Sí, ella es fría. El problema es que yo aún no me he vuelto así. Y tampoco tengo claro que quiera llegar a serlo. Tan solo deseo volver a ser como era antes, cuando no era tan consciente de todo el odio que me tienen otras personas; cuando no sentía esta punzada constante en el pecho ni tampoco tenía esos pensamientos de que no soy suficiente. De que jamás lo seré. De que no encajo ni encajaré jamás. No sé en qué momento comencé a echarme de menos, pero duele.

—Vamos, Camila. No llores —me susurro a mí misma delante del espejo; pero de nada sirve, porque el dolor sigue ahí.

Es muy duro ser la comidilla de toda la clase y de todo el instituto, o recibir mensajes amenazándote simplemente por subir una foto o porque tu madre dé su opinión sobre algo. Estar todo el tiempo en el foco no es sano, mucho menos cuando te sientes tan insegura como yo. Insuficiente. Sin valor. Una don nadie con miles de seguidores. ¿Qué apporto realmente al mundo? ¿No estaría acaso mejor sin mí?

El dolor en el pecho al pensar en eso me nubla la razón unos instantes. Sobre todo, cuando no es la primera vez que lo pienso. Todo el odio que recibo a diario en las redes, en el instituto, las amenazas, las críticas de extraños que, aunque no quiera, no puedo evitar leer. Ese horrible hábito de estar acostumbrada a que me critiquen.

Mi propia enfermiza fragilidad.

—¿Camila?

Mi abuela entra en la habitación al tiempo que me seco los ojos y me pongo una toalla en la cabeza.



—Dime, abuela. —Le sonrío, porque al menos eso sí que sé hacerlo bien.

He aprendido a sonreír incluso cuando estoy destrozada.

—¿Estás llorando? —Se asusta.

—No, por supuesto que no. Tan solo tenía demasiada laca en la cabeza para mi gusto y me la he lavado en un momento. Debe de haberseme metido algo de champú en los ojos, porque ahora que lo dices, me duelen un poco.

Ella se queda más tranquila y yo me siento peor aún por mentirle, pero ¿qué voy a decirle? Abuela, mi vida es un desastre. No tengo amigos. No logro acercarme a nadie. Recibo odio por todas partes y eso me afecta demasiado. Todo el mundo me juzga. Opinan sobre cómo me visto, qué como, con quién hablo, cómo me muevo, dónde voy. QUIÉN SOY.

Además, desde que mi madre participó el verano pasado en un *reality*, y yo, junto a su equipo de *marketing*, me hice responsable de sus redes sociales, todo empeoró. La mayoría de las personas hablan del lado bueno de la fama, pero pocas lo hacen de lo que hay detrás, y lo que pasó mi madre durante las semanas después de su expulsión. Eso que aún me hace sentir un pellizco en el pecho cada vez que lo recuerdo. Eso que aún me hace querer ser invisible en alguna ocasión. Que nadie sepa mirarme tan bien como para descubrir que lo más mínimo puede acabar de destrozarme por completo.

—Espero que sea eso. No le mientas a tu abuela.

—Claro que no. ¿Has venido por algo en particular?

La veo sentarse en la cama y suspirar.

—Tu madre quiere que cenemos todos juntos en familia.

Resoplo sin fuerzas.

—¿Tú tampoco sabías que Einar tenía un hijo? —le pregunto.

La veo negar con la cabeza y ya sé de antemano que va a tratar de mediar entre ambas para que no nos enfademos.

—Tu madre quizá no te lo haya dicho para no preocuparte. No me gusta hablarle mal a mi abuela, pero...

—Claro. No me preocupa en absoluto tener a dos extraños viviendo en mi casa —respondo irónica.

En mi mente resuena la palabra mansión. Mi abuela se acerca y me coloca las dos manos en los hombros.

—¿Es por eso por lo que has estado llorando?

Me conoce demasiado bien como para saber que le he mentado, así que acabo por asentir. Prefiero que piense que es por eso y no por el encontronazo que he tenido con mi hermanastro. Dios, de pronto siento como si ese único lugar algo seguro para mí, es decir, mi casa... la mansión, hubiese dejado de serlo. Recordar sus palabras y la fría mirada de Óliver me provocan un nudo en la garganta.

—Estoy segura de que te llevarás bien con él. Parece un buen muchacho, y ya sabes que yo con esas cosas no me equivoco. Anda, estate lista en media hora.

Vaya, pensaba que no le gustaba. Me ahorro decirle que se equivoca y mucho. No quiero preocuparla más. La dejo abrazarme y, cuando se va espero un tiempo prudencial para que se haya alejado antes de salir. Mi madre me debe una explicación. Vale que meta a su novio en casa, al fin y al cabo, llevan ya más de un año juntos, pero de ahí a que no me diga que va a venir también su hijo, hay un mundo.

—¿Por qué no me has dicho que iba a tener un hermanastro? —le echo en cara entrando en su habitación, en la que ella

está delante del espejo probándose dos collares diferentes con un vestido en tonos pastel. No hace falta decir que no va a ir vestida igual que hace un rato.

—Para evitar esto precisamente. Anda, hija, cámbiate. Tengo muchas cosas que preparar.

Tengo tantas cosas malas deseando salir de mi interior que me muerdo los labios para no responderle de malos modos. Yo no soy la clase de persona que responde mal. No quiero serlo. Mi discusión con Óliver se me viene a la cabeza. Mierda. Él me ha hecho ser esa clase de persona. De pronto, siento que me cae aún peor.

Hago lo que se espera de mí y me visto con otro traje. Uno turquesa en esta ocasión. Me masajeo los pies, porque me duelen a horrores de los tacones y están hinchados, pero vuelvo a ponerme otro par un poco más alto y que sé que me va a provocar alguna rozadura. Me vuelvo a peinar y retoco mi pintalabios sin que me guste en absoluto la imagen que el espejo me devuelve. Al menos, hoy es domingo, así que la cena acabará pronto. Ese es mi consuelo.

La reunión transcurre incómoda. Sobre todo, para mí. Óliver no se ha cambiado como mi madre y yo, pero el traje le sigue quedando tan bien que duele mirarlo. Hay algo en él que le hace adueñarse de toda la estancia. Y para mi completa desesperación, lleva toda la noche mirándome fijamente.

—Creo que tu madre no es la única enamorada de esta mesa —me susurra mi abuela, cortando su filete y mirándome con una insinuante sonrisa.

—Por favor, abuela —digo eso en voz más alta de lo que me gustaría.

—¿Qué ocurre? —quiere saber mi madre, que ha estado metida en una conversación sobre la mudanza de Einar.

Creo que no lo he dicho, pero no puedo ver a Einar. Y la forma en la que actúa como mi padre no la aguanto. Por cierto, ¿queréis saber cómo se hizo famosa mi madre?

—Nada —responde mi abuela—. Tan solo me preguntaba de qué podía hablar con un joven. Dime, muchacho, ¿qué te gusta hacer?

Elevo ambas cejas por la salida de mi abuela y fulmino con la mirada a Óliver. Espero que no se atreva a hablarle mal a la persona más importante de mi vida, porque como lo haga juro que le tiro mi vaso de agua a la cabeza. Me sorprendo por la violencia de mis pensamientos, pero hay algo en su forma de actuar que me pone de los nervios. Y recordar nuestra primera y última conversación empeora esa sensación. Al borde del abismo, ahí estoy.

—Pues, me gustan muchas cosas —le responde con una sonrisa que me hace relajarme un poco—. Era jugador de baloncesto en Valencia.

—Oh, vaya, que casualidad. Mi nieta juega al voleibol.

—Esos deportes no se parecen entre sí, abuela. —Le sonrío.

—Claro que sí —reitera ella.

No se me pasa por alto cómo le sonrío él. Ese simple gesto genera algo extraño en mi interior. Inconscientemente, mi boca se entreabre.

—Si te pones a pensarlo, los dos se juegan con pelota —bromea posando sus ojos verdes grisáceos en mí.

Me quedo seria mientras su sonrisa se hace más amplia. ¿Acaso quiere jugar a volverme loca? Antes me dice todas esas cosas y ahora me sonrío como si nada. Me hago pequeña en la silla y desvío la mirada hacia abajo.



—¿Te gusta tu habitación, Óliver? —interrumpe mi madre.

Einar le da la mano por encima de la mesa. Yo observo el gesto y a mi madre sonreír, y no puedo evitar que se me encoja el corazón. Lo hace de verdad. No esa falsa sonrisa que pone cuando graba sus estúpidos vídeos. Esto es muy importante para ella. Óliver tarda en responder y, cuando levanto la vista, veo que me observa de forma retorcida.

—Sí, me gusta el detalle del mapa en la pared —comenta desviando sus ojos grises hacia mi madre.

A pesar de no mirarme, sé que me habla directamente a mí. Yo fui la que puse ese mapa ahí. Gracias al cielo, la cena acaba pronto y suspiro, aliviada, al poder meterme debajo de la ducha, secarme el pelo y ponerme por fin el pijama. Mi madre viene a verme y se cambia en un momento en mi habitación para que le haga una foto. Luego se va, después de darme un abrazo de buenas noches. Yo me miro a mí misma y suspiro. Es duro que ni los domingos se me permita quedarme en pijama. Mi madre dice que tenemos que arreglarnos todos los días, ya que su trabajo es de veinticuatro horas de lunes a domingo.

Estoy recién metida en la cama, deseando que las sábanas frías se calienten con mi calor corporal para adquirir la temperatura perfecta, cuando alguien llama a la puerta. Me planteo si hacerme la dormida cuando escucho una voz en el pasillo que me deja de piedra.